

Gloria, gloria al patricio sin mancha
que nos dió del Progreso la norma;
gloria, gloria á la augusta Reforma
y al que fué su esforzado creador.

Mexicanos, al grande invoquemos,
y ante el ara sagrada digamos:
¡Juárez, Juárez, tus hijos te amamos
porque Patria nos diste y honor.

Mexicanos, etc. . . .

El ejemplo que hoy dejas, ¡oh Juárez!
será aliento en las horas de prueba,
levantando al gañán de la gleba
para ser un guerrero triunfal.

A tu nombre se encienden excelsos
los ideales del pueblo que te ama,
y en su canto la vívida llama
con que esplende el amor nacional.

*Mexicanos que al grito de lucha
«el acero aprestais y el bridón,»
hoy que el nombre de Juárez se escucha
afiancemos con él nuestra unión.*

M. BARRERO ARGÜELLES.



TERCERA PARTE.

Estudios Histórico-biográficos.

I

DISCURSO HISTÓRICO-BIOGRÁFICO.

Señores:

No vengo á quemar incienso en los altares
de un ídolo. Ni cuadra á la solemnidad del
momento presente, ni sería posible en la pri-
mera década del vigésimo siglo, officiar según
la liturgia de las pseudo-religiones políticas. Mi
voz humilde, intérprete de convicciones pro-
fundas, de ideas y sentimientos sinceros, viene
á unirse cariñosamente al himno gigantesco
con que la República Mexicana, la Patria de
Juárez, saluda al patricio egregio, en el primer
centenario de su natalicio.

Mi tarea, dentro de los límites normales
de la función del Ciudadano, no tiene de ex-
traordinaria sino el objeto que la motiva. Ha-
blar de Juárez ante una agrupación de mexi-
canos, y de mexicanos liberales, es participar

en fiesta de familia, sencilla y modesta, en que la grandiosidad podrá brotar espontánea del consorcio de los afectos, de la comunión de las ideas; pero nunca de invocaciones y conjuros convencionales, aparatoso atavío de hipócritas y mendaces glorificaciones. Porque el nombre de Juárez, se ha unido indisolublemente á nuestra vida nacional y está en la historia de la Patria, como las imágenes en la luz y la verdad en la idea, vinculando las manifestaciones todas de nuestra civilización presente y todos los destellos de nuestra pasada gloria.

✓ Pocos hombres han venido á la vida, como D. Benito Juárez, en época menos propicia y con elementos menos aptos para señalar con marca imborrable la huella de su paso. Hijo humilde de la desventurada raza indígena y nacido en insignificante villorrio, perdido entre ágrías serranías, le estaba clarísimamente indicado el camino de la labor aniquilante, agobiadora é infecunda, de la aspiración siempre imposible, del ideal informe, perennemente perdido entre tinieblas..... Su naturaleza extraordinaria, su instinto delicado de hombre superior, la conciencia, acaso, de su futuro glorioso destino, le hicieron rebelarse contra la condición misérrima del medio y del momento; y poniéndose audazmente en marcha, se lanzó al porvenir en busca de una esfera en que su espíritu, desenvolviéndose libre, pudiese llenar el espacio con sus destellos flamígeros y revelar, en actos portentosos de ardimiento patriótico y de humanitarismo esquisito, la indoma-

ble energía y la radiosa clarividencia de su temperamento de génio.

El pária de Guelatao se manifestó prócer en Oaxaca; el menestral ignorante y rudo se trasformó en profesor sábio, en mandatario enérgico, en magistrado probo é indoblegablemente justiciero; fundando á impulso de su voluntad de hierro, el cimiento incommovible de su futura grandeza. Su genial bondad, su altruismo y la indiscutible superioridad de su talento le conquistaron pronto el amor y la admiración de sus coterráneos; pero á la vez, su independencia de criterio y la inflexible rectitud de su carácter le señalaron á la ira y el rencor de los tiranos; y la vejación inmerecida, la prisión injusta, el ostracismo arbitrario le confirieron la augusta investidura de los redentores de la humanidad, la de la persecución y del martirio. La demente Dictadura de aquel tiempo marcó irrevocablemente su ruta futura al indio de Guelatao, predestinándole para llegar, tras Calvario dolorosísimo, al Tabor de la Libertad, á la embriaguez indescriptible del triunfo supremo; triunfo de su fé, triunfo de sus ideales y espléndido triunfo de la turba de desheredados que, agrupada en su derredor, se proclamaba pueblo.

¿Como llenó Juárez la misión que le fuera impuesta? Preguntadlo á la Historia. Yo no llegaré á la audacia de compendiar la brillante epopeya de sus trabajos, la mas trascendental y fecunda que hayan contemplado las generaciones en el sagrado girón de tierra que se lla-

ma México; apenas si, para formar digno marco á la grandiosa figura que hoy aclamamos vuelvo un instante los ojos al pasado y evoco el recuerdo de la obscura y sangrienta génesis de nuestra nacionalidad, hoy fuerte y perdurablemente fundada, gracias á la labor de una generación casi desaparecida, á cuyo frente marchó siempre, sereno como la Justicia, impassible como el Destino, el hombre extraordinario cuya glorificación nos congrega.

Falseadas las aspiraciones que tomaron cuerpo y vida en el inolvidable Grito de Dolores, por el plan de Iguala y los tratados de Córdoba, el país entró á la existencia autonómica conducido por una oligarquía compuesta de elementos disímolos, contrarios todos al desarrollo de la nueva entidad independiente. Las clases preponderantes en el antiguo régimen, la nobleza, el clero, el ejército, los ricos y los burócratas, unificadas en su odio al pueblo, encarnación para ellas de la demagogía y el desorden, no podían concertarse respecto de la fórmula que habría de permitirles el reparto de los gajes, de las prebendas y aun de los simples oropeles de la gobernación suprema. Mil encontradas ambiciones entraban sordamente en lucha, dirigiéndose cada una al logro de sus intentos y colaborando todas á la desdicha de la patria común. El primer ensayo correspondía, por exigencia lógica, á la fuerza; en efecto, los legionarios del Ejército Trigarante alzaron sobre el pavés á D. Agustín Iturbide, creando de un sólo golpe una dinastía y un

imperio. De ese primer atentado arranca la série de catástrofes cuya narración constituye la historia del país, durante sus primeros treinta años de vida independiente; pues el fácil triunfo de la soldadesca mostró ancha ruta á la conjuración latente y en lo sucesivo, año tras año, las ambiciones impacientes, el fanatismo, la sed de dominación ó de pillaje se hicieron manifiestas por un pronunciamiento. La Nación, empujada por la fatalidad, recorrió por treinta años la vía dolorosa, dejando tras sí, mares de sangre, desiertos producidos por el incendio, pueblos asolados por el bandalismo; y sobre el amontonamiento de ruinas humeantes y de sangrientos despojos todas las virtudes cívicas de sus hijos, arrancadas una á una por el dolor llegado al paroxismo, engendrador de una desesperación sin remedio. La ignorancia era cada vez más profunda, las pasiones cada vez más desenfrenadas y feroces y para colmo de males, la abyección, como cáncer incurable, se difundía por todos los elementos del organismo nacional, arrebatando aún la esperanza de una reacción salvadora. Cuando en 16 de Diciembre de 1853, el General Santa-Ana, el más funesto de nuestros legionarios, proclamó solemnemente su propia dictadura, abrogándose el derecho de constituir el país á su antojo y cuando lo creyese oportuno, la Nación, herida de estupor ante tamaño cinismo, no tuvo casi protestas contra la Alteza Serenísima.

Audaz y sin freno, apoyándose en el mayor y más vistoso ejército que hubiera alimentado

México y con el producto de los girones de tierra patria vendidos al extranjero, la tiranía se desbordó como torrente, haciendo estremecer el país con sus iniquidades; hasta que el exceso mismo de la opresión provocó la tempestad de venganza de los oprimidos.

El movimiento de Ayutla, bajo la vulgarísima forma de un pronunciamiento militar, despertó la dignidad adormecida, atrajo á un centro de actividad común las energías dispersas, dió una fórmula á los pensadores y una bandera á los héroes, conmoviendo el país todo con los estremecimientos de una gloriosa revolución salvadora. ¿Por qué el plan de Ayutla y Acapulco, tan fácil de confundir con el desacreditado cuartelazo, pudo operar una transformación tan profunda? Porque en medio de las angustias de la Patria, una escogida porción de hombres de buena voluntad, desafiando las iras del poder y arrojando la persecución y el destierro, haciendo el sacrificio de su tranquilidad y aun de su vida, se había impuesto la tarea de difundir en las masas el evangelio de la libertad: dirigiéndose primero á la juventud y luego á las clases trabajadoras había creado una escuela de la que brotarían en su día caudillos para dirigir la fuerza y tribunales y pensadores para exaltar el verbo de la revolución.

Apenas iniciado el movimiento de Ayutla, aquellos hombres quebrantando la prisión ó el destierro, volaron al Sur, donde Alvarez y Comonfort sostenían con mano robusta las ban-

deras del nuevo credo. Entre aquellos hombres estaba Juárez, que vuelto de su destierro, reasumió sus labores de apóstol, prestigiando con su nombre sin mancha é impulsando con su incansable energía el movimiento regenerador. Obligado más por la opinión que por la fuerza, el dictador huyó, sus flamantes regimientos se dispersaron, sus lacayos y favoritos ocultaron en las sombras su vergüenza y la revolución triunfante llevó sus banderas á la Capital de la República.

Constituido el Gobierno, conforme á la promesa de Ayutla, Juárez tomó en él la parte que á su mérito correspondía, marcando su paso por la Secretaría de Justicia con la promulgación de la ley que suprimía los fueros, haciendo á todos los hombres iguales ante sus Jueces. A la vez Comonfort reconstituía el ejército y Lerdo y Ocampo echaban los cimientos de una administración pública progresista y verdaderamente ilustrada.

No podía ocultarse á las clases hasta entonces privilegiadas el carácter profundamente nivelador y la tendencia reformadora de los principios venidos de Ayutla y ante la amenaza de sus fueros y privilegios, hubieron de aprestarse á nueva lucha. La reacción fué; y esta vez en nombre de Dios, dando á la guerra fratricida el carácter piadosamente feroz de una cruzada. Los hombres de la revolución hicieron frente al océano de pasiones que el fanatismo religioso desencadenó en su contra y vencieron ese fanatismo, ahogándolo cuando

sólo fué conspiración y aniquilándolo cuando, convertido en motín, fué á plantar su cruzada bandera en los campos de batalla; fieles á su compromiso sagrado reunieron un Congreso, acaso el primero verdaderamente nacional, y custodiando con viril actitud esa representación del país, le permitieron que estudiase sin sobresaltos ni temores los problemas sociales y políticos planteados por la revolución y diese al país las Instituciones que debían asegurarle la paz, el progreso y en una palabra, la civilización.

En medio de relámpagos y truenos, como la ley mosaica, apareció en efecto, el 5 de Febrero de 1857 la Constitución, el Código instituyente de la República, el monumento más grandioso levantado á la libertad y el más fuerte y eficaz instrumento de orden, de fraternidad, de progreso y de grandeza que pudo ofrecerse á las miradas de la humanidad.

Conforme á la nueva Constitución, se hicieron las elecciones para los Supremos Poderes, y Juárez, que desempeñaba una Secretaría de Estado, fué llamado por el voto á la Jefatura Suprema del Poder Judicial, que tenía anexa la Vice-Presidencia de la República. La tolerancia de cultos, la libertad de enseñanza, la de imprenta, el reconocimiento solemne de los derechos del hombre y de la soberanía del pueblo, fueron un bota-fuego que determinó la explosión formidable de una mina inmensa; la reacción lanzó á la faz del país su reto á muerte y la conspiración y el motín y el levantamiento

armado sembraron el terror y la consternación en todas partes; á la vez que el anatema religioso inundaba de sombra las conciencias. El Jefe Supremo del partido constitucionalista sintió vacilar su fé y anonadarse su energía ante la perspectiva siniestra de una lucha de hermanos, sin cuartel y sin misericordia, y cediendo á pérfidos consejos de interesados hombres públicos, sin valor ni civismo, ó decepcionado ante la defección de la porción más florida de sus tropas, abandonó su augusta investidura, rompiendo en un momento de debilidad títulos de significación altísima, que había conquistado con su abnegación, con su valor, con su talento y con su tacto político. Juárez, el Vice-Presidente de la República estaba en prisión; pero aclamándole la coalición de las Entidades Federativas, que se formó á raíz del Golpe de Estado, fué puesto en libertad por Comonfort y el futuro salvador de México, sin formidarse ante un estado de cosas para otros desesperante, empuñó decidido la caída bandera de la Constitución, predestinada á ser el paladín de nuestra nacionalidad.

Juárez, acogido con entusiasmo por los pueblos y por el conjunto de batallones de artesanos, comandados por Abogados ó Médicos, que se llamaba Ejército Constitucionalista, fijó la residencia del Gobierno sucesivamente en Guajuato, Guadalajara y Veracruz, organizando con vigor pasmoso y con tenacidad incansable entre peligros, privaciones, y sufrimientos, la reconquista de los derechos arteramente con-

culcados y el desarrollo de la simiente germi-
nada en Ayutla, que había ya realizado su evo-
lución primera en la Constitución. Sitiado en
Veracruz, mientras el ejército, que el nombre
prestigioso del grande hombre mantenía en la
disciplina y en la unión, obtenía señaladas vic-
torias, Juárez, en medio de la estupefacción ge-
neral, proseguía sereno y confiado su obra re-
formadora, promulgando leyes de trascenden-
cia incalculable que, en porvenir no lejano, de-
bían transformar radicalmente los elementos
sociales, económicos y políticos de nuestro or-
ganismo nacional. Su actitud de fé inquebran-
table introdujo el desconcierto en las filas del
oscurantismo y vigorizó más y más el culto en-
tusiasta tributado por sus adeptos á la Consti-
tución. Así se realizó la obra magna de la Re-
forma, dentro del recinto fortificado de una
ciudad sitiada, abierta como último asilo al pe-
regrino representante de una idea inmortal,
que había escrito en su bandera los nombres
de Patria, República y Libertad.

La lucha entre tanto seguía ardorosa y con
éxito vario en toda la extensión del territorio,
tomando á veces las proporciones de la leyen-
da épica y revistiendo otras el aspecto de una
carnicería salvaje; hasta que el Ángel de las
victorias pareció decidirse por los humildes
soldados del pueblo y brindándoles con las jor-
nadas inmortales de Silao y de Calpulalpam,
abrió á las legiones constitucionalistas el ca-
mino de la Capital. Juárez, el hombre-pueblo,
el apóstol clarividente, el Jefe digno de la de-

mocracia triunfante, pudo ascender de nuevo al
Capitolio Nacional, trayendo consigo no sólo
el depósito inviolado de la Constitución, sino
las nuevas conquistas de la civilización que en-
carnaba la Reforma.

El partido de la reacción parecía definiti-
vamente vencido: la Patria respiró, arrullándo-
se con la esperanza de una paz que creía con-
quistada para siempre; el Gobierno nacional se
consagró con empeño á restañar la sangre, á
curar las entreabiertas heridas del país, á crear
los elementos de su grandeza futura y sobre to-
do á cimentar la paz y el orden sobre las bases
inmutables de la justicia y del derecho.

No se contaba con el despecho demente que
engendra la derrota. El partido de la religión
de estado, de la intolerancia, de los fueros y de
los privilegios, mal avenido con sus últimos
desastres y no contando con elementos propios
para intentar nueva aventura, tendió la vista
mas allá del Atlántico y trayendo á la memo-
ria un antiguo proyecto liberticida, que fuera
sueño de oro de las administraciones retrógra-
das, fué á pedir auxilio al extranjero, ofrecién-
dole en feudo los sangrientos despojos de la
Patria. Los trabajos de Hidalgo y Almonte, fer-
vorosamente secundados por algunos Obispos
y por la gran mayoría de los reaccionarios, al-
canzaron al fin que se firmara la conocida Con-
vención de Lóndres, pacto internacional que
lanzó á nuestras playas las escuadras de Espa-
ña, Francia é Inglaterra, destinadas por intriga